
Elegía

ANDRÉS SÁNCHEZ ROBAYNA

✽

Distingue las ruedas de un molino y,
duplicando su rumor constante, el de
una plegaria.

Maitreya, II

Primero fue tu voz, nítida, oída
no en sus cuerdas concretas: en la página.
Escrita en tus palabras, una voz
que decía su ser, su verdad, ávida.

Una fiesta innombrable fue luego
la del ser bajo el cielo de la boca.
Y, como un eco, el trazo dibujado
por tu mano precisa, minuciosa.

La voz, la mano, el ojo
de luz pictórica te obsedieron.
No era, pues, sólo escrito: era pintado
y pronunciado sobre un cuerpo.

Así, una página que te debiéramos
decía el cuerpo, y era la escritura
del cuerpo, pero también decía
la sutura del ser en prismática luz.

Pues cada página tuya era
rayo dividido, subdividido,
exacta fuga de la luz,
multiplicación de luz poliédrica.

Cómo dejar de oírte, cómo
no descubrir el grano de tu voz
en cada letra tuya, en cada trazo
de la pintura en la que estás escrito:

ella me habla a diario en la pared
con tu voz y tu risa, en esa luz.
Mira: me he levantado, he puesto
la mano en tu pintura de sintáctica luz.

Y te recuerdo y te recordaré,
voz (y mano y mirada) que decías
que la isla es el doble
especular del ser en el enigma,

y su exasperación un archipiélago.
En esa luz (las islas nos esperan),
no llegué a ver tu aprendizaje
sabio y temprano de la muerte.

Y no pudiste, al cabo, regresar.
Qué es regresar: tu tierra
(hoy arden los conjuntos habaneros)
iba contigo a donde tú estuvieras.

Pues donde estabas tú no solamente
los escuchabas: tú hacías que escucháramos
el sol sobre los arcos coloniales,
la lluvia fresca bajo el flamboyán.

Ahora estás por espejo. La memoria
tocará las palabras que te oí.
Sólo al leerle reconocerán
la fluorescencia del vacío. ✽

Agosto de 1993